

da instruyó el coronel D. Enrique O' Donnell. Compusieronla todos los vecinos sin excepción de clase ni de estado, incluso el clero regular y secular, y hasta las mujeres se juntaron en una compañía que apellidaron de Santa Bárbara, encargada de llevar cartuchos y víveres á los defensores y de recoger y auxiliar á los heridos. También los sitiadores habían recibido incesantes refuerzos desde Vich, donde se hallaba Saint-Cyr, y sus tropas ascendían ya á 18 000 hombres cuyo mando en jefe había tomado el general Verdier. A su intimación á la plaza para que se rindiera contestó el fiero gobernador que, no queriendo tener trato ni comunicación con los enemigos de su patria, recibiría en adelante á metrallazos á sus emisarios, é hizolo así en efecto, siempre que el francés quiso entrar en habla, acreciendo con esto el entusiasmo del pueblo. Circunvalada la plaza, como hemos dicho, y roto el fuego, los españoles, después de denodada defensa, fueron sucesivamente desalojados de las torres de San Luis, San Narciso y San Daniel, completamente desmanteladas por la artillería. Esta fué la única ventaja de importancia que durante el mes de junio alcanzaron los franceses frente de Gerona, y eso que sus fuerzas ascendían ya á 30 000 hombres, pues Saint-Cyr, había llegado á la comarca, sentado su cuartel general en Caldas, y apoderándose de San Feliu de Guixols á costa de mucha sangre (21 de junio).

En 3 de julio rompió el enemigo el fuego contra el castillo de Montjuich con 20 piezas de grueso calibre y dos obuses y al siguiente día intentó dar el asalto. Vanos fueron sus esfuerzos, inútilizándolos los defensores con su serenidad y valentía. Suspendidos por entonces los acontecimientos, renováronlos los contrarios en la mañana del 8; pero cuatro veces fueron arrojados al foso perdiendo unos 2 000 hombres. Grandes y esclarecidos hechos se vieron en aquellos combates y en los que hubieron de sostenerse durante los mismos días en varias partes del muro, sin que á todo esto cesara ni un momento el horrible bombardeo. La voladura de la torre de San Juan, obra avanzada en

tre Monjuich y la plaza, enturbió la satisfacción de aquellos triunfos. Palamós había caído en poder del general Fontané (5 de Julio) después de muertos casi todos sus defensores, y aun cuando Rovira, Miláns, Clarós, Wimpfen y otros corrían la tierra y empeñaban con los sitiadores incesante tiroteo, los sitiados no recibían el más pequeño auxilio; tan estrecha era la línea que los envolvía. Entrado agosto continuaron los franceses con el mismo ahinco en acometer á Monjuich, confiando en que á la rendición del castillo había de seguirse la de la plaza dentro de breve tiempo; aumentaron sus baterías, y ante sus redoblados ataques el gobernador Nash, previo acuerdo de un Consejo de guerra, abandonó aquellos humeantes escombros con los 300 hombres que le quedaban de sus 900 defensores (12 de agosto). La resistencia era ya imposible, y Alvarez, á pesar de sus órdenes para que se prolongara, aprobó la conducta del gobernador y de sus oficiales. Todos los esfuerzos de los sitiadores volvieron entonces contra el recinto de la plaza, delante del cual levantaron nuevas y poderosas baterías. Un refuerzo de 100 voluntarios de Olot, que por aquellos días logró penetrar en la ciudad, fué de gran consuelo para los sitiados, escasos y menguados de gente; pero su entusiasmo no conoció límites cuando en 1.º de septiembre llegó á sus puertas un convoy de 1 500 acémilas, escoltado por 4000 infantes y 500 caballos á las órdenes del general García Conde, quien había sorprendido y arrollado en Salt un fuerte destacamento francés. Era esto efecto de la llegada del general Blake á San Hilario, determinado á socorrer á la estrechada Gerona, y de la disposiciones que desde allí dictara para distraer la atención de los sitiadores. Tres mil hombres quedaron en la plaza de la división de Conde, y Blake retrocedió á Olot. Anchas brechas había abierto el cañón enemigo en el flaco muro de la ciudad, y los franceses corrieron al asalto distribuidos en cuatro columnas de 2 000 hombres (10 de septiembre), mientras las campanas con triste tañido y al toque de generala llamaban á las puestos amenazados soldados y paisanos, clérigos y